



I Laboratorio de Escritura Teatral

Revisión

PASCUAL CARBONELL

La boda

ANA GRACIANI

La sala de Hermafrodita

CÉSAR LÓPEZ LLERA

El Galgo

VANESSA MONTFORT

Los panes

PACO ROMEU

I Laboratorio de Escritura Teatral

Revisión

(Jai guru Deva om)

PASCUAL CARBONELL

La boda

Historias de un baño de señoras
en “el día más importante de tu vida”

ANA GRACIANI

La sala de Hermafrodita

(Comedia transromántica)

CÉSAR LÓPEZ LLERA

El Galgo

VANESSA MONTFORT

Los panes

PACO ROMEU

fundación sgae

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanan, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

I LABORATORIO DE ESCRITURA TEATRAL

Primera edición, 2013

© De *Revisión* (Jai guru Deva om): Pascual Carbonell

© De *La boda*: Ana Graciani

© De *La sala de Hermafrodita*: César López Llera

© De *El Galgo*: Vanessa Montfort

© De *Los panes*: Paco Romeu

© De los textos preliminares: sus autores

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2013

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes.

Maquetación: Equipo Nagual, S.L. Corrección: Marisa Barreno.

Logotipo de la colección: Francisco Nieva. Imprime: Navagraf, S.A.

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org
www.fundacionsgae.org

D L: M-30950-2013

ISBN: 978-84-8048-850-1

PASCUAL CARBONELL

Revisión
(Jai guru Deva om)

I Laboratorio de Escritura Teatral

fundación sgae

Revisión

(Jai guru Deva om)

4º FILOLOGÍA HISPÁNICA Pragmática literaria

Bernal García, Alba	—————	Nota: 3,90
Cebrián Santamaría, Mara	—————	Nota: 4,20
Espinosa Torres, Bruno	—————	Nota: 4,70
Luciano Gómez, Juan José	—————	Nota: 2,70
Martínez Elcano, Carmelo	—————	Nota: 1,25

Alfredo Luciano Ramos
Catedrático de Pragmática literaria

*La revisión tendrá lugar el próximo viernes, a las 20.00,
en el despacho del catedrático de la asignatura.*

Pasillo larguísimo. Varios jóvenes transitan por él. Su caminar es pausado pero decidido. A ambos lados del pasillo, simétricamente dispuestas, infinitas puertas cerradas. El sonido de los tacones de Mara contrasta con el gruñido de las zapatillas de Carmelo. Alba parece que acaricia el suelo con sus sandalias y los náuticos de Bruno gimen a cada paso de puro éxtasis. Tras ellos, la silla de ruedas de Juanjo silba una extraña melodía apocopada. De cuando en cuando, nos encontramos alguna puerta entreabierta. La luz que amanece del despacho se recorta en el suelo del pasillo. En las décimas de segundo que se tarda en sobrepasar dichas puertas, apenas podemos intuir lo que ocurre detrás: alguien golpea las teclas de su propia vida, susurros indescifrables, sillas que crujen, pastillas que se tragan, sueños que se ahogan. En las décimas de segundo que se tarda en sobrepasar una puerta entreabierta, dos miradas –alguien de fuera, alguien de dentro– se entrecruzan.

El pasillo termina en una puerta. Está cerrada. Los jóvenes se miran; finalmente, alguien se decide a tocar.

En el pasillo, delante de la puerta del despacho de Alfredo.

Unos minutos antes de las ocho de la tarde.

ALBA.— No contesta.

CARMELO.— ¿Está cerrada?

ALBA.— (Dura) Sí, no, no lo sé.

CARMELO.— (Con algo parecido a una sonrisa) Yo probaría a girar el pomo.

ALBA.— (Borde) ¿Y por qué no lo pruebas tú? (Inaudible) Gilipollas.

MARA.— Lo mejor será esperar un poco.

Alba mira a Mara.

ALBA.— (Suave) Supongo.

MARA.— (Le sonríe. Casi inaudible) Y no matar a nadie.

Pausa breve.

ALBA.— ¿Qué nota...?

MARA.— Un 4,2.

ALBA.— Joder. A mí un 3,9.

JUANJO.— ¿Volvemos a llamar o...?

BRUNO.— (Mira su reloj) Aún no son las ocho.

ALBA.— (A Mara, tal vez a Carmelo, a modo de disculpa) Si me suspenden de me quitan la beca, así que si quiero seguir estudiando voy a tener que buscarme un curro. Y como está tan fácil...

Pausa breve.

Lo que más me jode es que me gusta.

JUANJO.— ¿Pragmática literaria?

ALBA.— Me parecía interesante, no sé, estudiar aquello que no se dice con palabras pero que está en lo que decimos...

CARMELO.— ¿De eso va esta asignatura?

ALBA.— Bueno, más o menos, sí.

CARMELO.— Joder.

Alba sorprende a Bruno mirándola, apenas un segundo.

Pausa.

ALBA.— ¿Os ha pasado alguna vez empezar a leer una novela y no poder dejarla hasta el final?

JUANJO.— Creo que no.

CARMELO.— A mí una vez. Con una novela de Stephen King.

Alba pasa de Carmelo.

ALBA.— Tenía catorce años y para no ir al instituto le dije a mi madre que estaba enferma. Me pasé tres días y tres noches enteras devorando aquel libro de Alfredo. Cuando terminé de leer su novela, supe que quería ser escritora. Y ahora estoy aquí pensando en coger mi examen y metérselo por el culo.

MARA.— Ya verás cómo te aprueba.

ALBA.— Joder, eso espero porque, si no, estoy jodida.

CARMELO.— Ha vendido los derechos de su última novela a una productora y le han dado una pasta.

ALBA.— El cabrón escribe de puta madre.

JUANJO.— Yo no me he leído ninguna novela de Alfredo.

BRUNO.— ¿Ninguna? Pues serás el único. (*Pausa breve*) Bueno, dentro de poco podrás ver la peli.

JUANJO.— Tampoco creo que la vea.

Son las ocho. En ese instante se abre la puerta. Vemos a Alfredo, catedrático de la asignatura y un hombre de contrastes. Pelo cano y

alborotado que le confiere un extraño aspecto juvenil, elegantemente desarrapado, ojos expresivos y porte calmo, cejas de asesino en serie que acompaña de una sonrisa de cordero degollado. Seguro, atractivo, imprevisible. Habla desde el umbral de la puerta.

ALFREDO.— Buenas tardes. Vamos a empezar la revisión del examen de Pragmática literaria. ¿Alguien quiere ser el primero? (*Silencio*) ¿Nadie? Muy bien, decidan ustedes. Les mostraré su examen, podrán comprobar que el sumatorio de las notas parciales de cada una de las cinco cuestiones coincide con el resultado de su nota final y, a continuación, contestaré a todas sus preguntas. (*Pausa breve, con una sonrisa encantadora*) Lo sé, parece que me hayan metido un palo por el culo y que dentro de un momento se lo vaya a meter a ustedes, pero tenía que leerles, ya saben, sus derechos. En fin, los espero ahí dentro.

Alfredo se gira, entra de nuevo en su despacho y cierra la puerta tras él.

JUANJO.— ¿Un palo por el culo?

BRUNO.— Capullo, ¿pensará que es gracioso?

CARMELO.— (*Al cuello de su camisa*) Pues a mí me ha hecho gracia.

ALBA.— Si no os importa, me gustaría ser la primera, estoy que me subo por las paredes y tengo un nudo aquí que... (*Nadie la contradice, llama a la puerta*)

La iluminación cambia. Ahora podemos ver al mismo tiempo lo que pasa en el interior del despacho de Alfredo y en el pasillo donde esperan el resto de los alumnos.

Vemos cómo Alfredo abre un cajón, saca una botella de Jack Daniel's y vierte un generoso chorro dentro de la jarra de vidrio de la cafetera eléctrica. La cafetera está dispuesta sobre una pila de exámenes antiguos.

ALFREDO.— (Devolviendo a Jack a su cueva) Adelante.

Alba gira el pomo y entra.

El despacho de Alfredo está lleno de papeles, encima de la mesa, apilados por el suelo, en cajas, por todas partes. Las paredes del despacho están ocupadas por estanterías repletas de libros a excepción de una pizarra a rebosar de palabras huérfanas. Todo el espacio es un gran cajón de sastre repleto de revistas, apuntes y periódicos. Eso sí, todo está dispuesto en un curioso desorden organizado.

Alfredo se sirve un café solo, sin azúcar y muy largo.

Siéntate. Te ofrecería una taza de café, pero solo dispongo de la mía. Tengo que acordarme de comprar otra. ¿Decías?

ALBA.— No he dicho nada. (*Alba siente una bofetada de calor, le sudan las manos, los párpados, la responsabilidad. Se arremanga la camisa*)

ALFREDO.— Este café es realmente decepcionante, debería cambiar de marca. ¿Tienes calor? He tapado las rejillas del aire acondicionado. Esto parecía una nevera. ¿Algo más que quieras decirme antes de empezar con la revisión?

ALBA.— Pues... no, por ahora, no.

ALFREDO.— Los exámenes están ahí encima. (*Señala un montón de papeles*) Busca el tuyo y empécemos.

Apura su taza de café y se sirve otra. Alba le observa de pie frente a él sin mover una pestaña. Alfredo rebusca entre el caos de papeles de su mesa algo que no encuentra.

Se bebe su café en tres tragos y murmura algo inaudible. Deja la taza sobre una pila de libros y encuentra, por casualidad, uno que buscaba hace días, pero ya no recuerda muy bien para qué. Lo abre

y lo hojea, curioso. ¿Para qué querría él leer algo de aquel autor que tanto detestaba? Al cabo de un rato, descubre a Alba observándole.

¿No vas a ver tu examen?

ALBA.— No necesito ver mi examen.

ALFREDO.— ¿Ah, no? Entonces, ¿a qué has venido?

ALBA.— Mi examen me salió perfecto, de diez.

ALFREDO.— Nunca dejará de sorprenderme la capacidad de autocritica de mis alumnos.

Bruno acerca su oreja a la puerta intentando oír lo que pasa dentro, pero no oye nada.

Mara camina por el pasillo. Se cruza con Juanjo, que baja la vista, y con Carmelo, que le sonríe.

Mara saca su móvil del bolso y escribe un mensaje. El mensaje no se envía. No hay suficiente cobertura. Joder. Guarda el móvil en su bolso.

Mara camina por el pasillo.

Se cruza con Bruno, que tiene la mirada fija en el suelo, y con Carmelo, que le sonríe.

BRUNO.— Creo que no voy a ver mi examen. Esto es una pérdida de tiempo. Me largo de aquí.

JUANJO.— Sin expectativa no hay decepción.

BRUNO.— ¿Qué?

JUANJO.— Cuando quieras algo y dejas de desearlo, solo entonces, tal vez podrás conseguirlo. Y si eso no funciona pues da igual, en el fondo es que no lo deseabas lo suficiente.

CARMELO.— Si no fuera una frase tan larga me la tatuaba en alguna parte.

Bruno hace el amago de irse, pero se lo piensa mejor y decide quedarse.

Intenta, de nuevo, escuchar a través de la puerta.

ALBA.— ¿Por qué me ha suspendido?

Alfredo se sirve otra taza de café y mira a Alba a los ojos.

ALFREDO.— Alba, por favor.

ALBA.— Si me suspende pierdo la beca, tendré que buscarme un curro y...

ALFREDO.— Mira a tu alrededor, ¿qué ves?

ALBA.— ¿Qué...? No lo sé, papeles, libros...

ALFREDO.— Un montón de palabras. Y un escritor tiene que saber escoger entre todo ese puñado de palabras. A veces tan solo una, con una basta, pero tiene que ser la adecuada. Tú quieres ser escritora, ¿verdad?

Alba asiente, está un poco perdida.

Primera pregunta: Implicación y presuposición.

¿Quieres aprobar este examen? Pues escoge bien tus palabras, Alba. Tu examen es como este café, decepcionante. Implicación: si quieres escribir algo que merezca la pena ser leído, tienes que encontrar dentro de ti esas palabras, arrancártelas del fondo de tu alma, aunque duela –que dolerá–, porque siempre duele, implicarte. Presuposición: si ahora te apruebo, jamás escribirás nada interesante, nada que merezca la pena ser leído.

Carmelo da golpecitos en el suelo con la punta de su zapato hasta que le duele el pie, para y empieza con el otro.

Bruno se gira y mira a Mara; esta se gira y mira a Juanjo; Juanjo sonríe a Mara, y Carmelo sigue dando golpecitos en el suelo con la punta de sus zapatos.

MARA.— Perdona, ¿puedes parar?

Carmelo no se ha dado cuenta de que todos le miran.

BRUNO.— Que pares, tío.

Carmelo para. Se queda mirando a Mara.

MARA.— ¿Quieres dejar de mirarme las tetas?

CARMELO.— Perdona. (A Juanjo) Si dejaba de desearlas es cuando podría tenerlas, ¿no?

JUANJO.— (Sonríe) A lo mejor.

MARA.— Joder, todos los tíos sois iguales.

JUANJO.— Oye, no te mosquees, que no todos...

MARA.— (Sin pensar) Tienes razón, no todos sois iguales, los que van en silla de ruedas prefieren mirarme el culo.

JUANJO.— Lamento que pienses eso.

MARA.— Perdona, no sé por qué he dicho esa chorrada.

JUANJO.— Tranquila, todos estamos un poco nerviosos.

Mara se hace pequeñita, hasta casi desaparecer.

Carmelo empieza de nuevo a dar golpecitos en el suelo con el pie.

ALBA.— (Mirando la pila de exámenes) Pero esto es solo una asignatura más, un examen más.

ALFREDO.— ¿De verdad crees eso?

ALBA.— No..., a mí me gusta su asignatura..., y me gusta usted, joder, no me malinterprete, quiero decir que... me gusta lo que escribe y... bueno, ¿va a aprobarme o no?

Alfredo busca el examen de Alba. Lo encuentra. Leyendo.

ALFREDO.— Implicación y presuposición:

Si decimos que “el gato está sobre el felpudo”, esto implica que “el felpudo está debajo del gato”. Lo que no podremos decir jamás es que “el gato está sobre el felpudo y, al mismo tiempo, el felpudo no está debajo del gato”.

La frase “los hijos de Juan son calvos” presupone que Juan tiene hijos. Tanto “los hijos de Juan son calvos” como “los hijos de Juan no son calvos” presuponen por igual que Juan tiene hijos. Pero no es el caso de que tanto “el gato está sobre el felpudo” como “el gato no está sobre el felpudo” presuponga necesariamente que tenga que haber un felpudo, o un gato.

Alfredo, divertido, mira a Alba como diciendo “¿Qué es esta mierda?”. Apura su taza de café.

Alba se hace pequeñita, hasta casi desaparecer.

Juanjo mira a Bruno mientras este intenta oír lo que ocurre tras la puerta del despacho.

Juanjo mira a Mara.

Cuando sus miradas se cruzan, Juanjo le sonríe.

Bruno se sienta en el suelo y mira de reojo el culo de Mara.

Mara empieza a dar golpecitos en el suelo con el pie, como Carmelo, pero a contratiempo.

Carmelo se da cuenta del concierto y para.

Mara continúa.

Juanjo observa cómo Bruno le mira el culo a Mara.

Bruno se da cuenta de que Juanjo le está mirando y deja de mirarle el culo a Mara.

JUANJO.— A lo mejor lo consigue.

BRUNO.— Qué.

JUANJO.— Que la apruebe.

CARMELO.— A lo mejor se la está chupando y consigue un sobresaliente.

Mara, Juanjo y Bruno piensan al mismo tiempo: "Este tío es gilipollas".

ALBA.— Joder, perdón, pero eso dice Austin en su libro...

ALFREDO.— Ya sé lo que dice Austin en su libro. A mí lo que me interesa es lo que puedas decirme tú. Implicación y presuposición. Lo que presupone Austin sobre la implicación de gatos y felpudos con los hijos calvos de Juan es una soberana memez que me importa tres pimientos.

ALBA.— ¿Y para qué nos hace estudiar a Austin? No entiendo nada, en serio...

ALFREDO.— (Alfredo se sirve otra taza de café. Sin mirar a Alba) Olvida a Austin, hay mejores cosas que hacer con las palabras. Hay que estudiar a Austin para después olvidarlo, ¿no prestaste atención a

mi clase? Insisto, hay cosas mejores que hacer con las palabras.
(Pausa breve) Tengo una historia, Alba, una historia que no tiene principio.

ALBA.— Todas las historias tienen un principio.

ALFREDO.— Esta, no. Pensé que tú podrías ayudarme a encontrarlo, a escoger las palabras adecuadas.

ALBA.— ¿Yo?

ALFREDO.— Sí, tú. Solo necesito un principio.

ALBA.— ¿Por qué yo?

ALFREDO.— (*Sin pensar*) Te sientas en la primera fila. Todos los días entras en clase y te sientas justo enfrente de mí. Cuando levanto la vista eres la primera persona a la que veo. Quién mejor que tú para escribir el principio de mi historia.

ALBA.— ¿Si le cuento lo que sea me aprobará?

ALFREDO.— Tal vez.

ALBA.— ¿Qué quiere que le cuente?

ALFREDO.— Ya te lo he dicho, un buen principio.

ALBA.— Joder, cualquier cosa puede ser un buen principio.

ALFREDO.— Si para ti es tan fácil, adelante, soy todo oídos.

ALBA.— No me ha dicho de qué va su novela.

ALFREDO.— No, no te lo he dicho.

Mara siente un escalofrío. El aire acondicionado en el pasillo debe estar a menos cien grados.



© Evarist Albert

PASCUAL CARBONELL (Alicante, 1976)

Aspirante a sobrevivir (o supervivir) del teatro, disfruta como un enano tanto delante como detrás del escenario. Su formación como actor se inicia de la mano del maestro Juan Luis Mira en las mismas aulas donde se gesta la compañía Jácara Teatro, de Alicante.

En 1997, funda, junto con otros locuelos fantásticos, el grupo ATIZA!!! Teatro, dentro del cual se promueve la creación de espectáculos de producción propia.

Curso que puede, curso al que se apunta, como actor, director y autor, entre ellos con Paco Alberola, M.ª José Lloret, Xavi Castillo, Antonio Onetti, Paco Zarzoso, Alejandro Jornet, Alfonso Plou, Guillermo Heras, Juan Luis Mira, Maxi Rodríguez, Jordi Galceran, José Ramón Fernández...

En la actualidad, y ante esa malsana costumbre que es tener que comer, se pluriemplea como director del Aula de Teatro de la Universidad Permanente de Alicante (UPUA), profesor del taller *Cómo interpretar a los grandes personajes del teatro universal* de la Universidad de Alicante, profesor de Dramaturgia en el título de Experto universitario en Arte Dramático Aplicado, también de la Universidad de Alicante, profesor de Interpretación en el Centro de Estudios de la Ciudad de la Luz, y director del grupo de Teatro LA TIZA, del IES Jaime II de Alicante. Uf...

Todo eso, mientras intenta escribir algo que tenga sentido, se aprende el texto antes del ensayo de su próxima función e intenta no volverse loco del todo. Algo que es imposible, ya que está irremediablemente loco, loco por el teatro.

pascualcarbonell@hotmail.com

ANA GRACIANI

La boda

Historias de un baño de señoras
en “el día más importante de tu vida”

I Laboratorio de Escritura Teatral

fundación sgae

La boda

Historias de un baño de señoritas
en “el día más importante de tu vida”

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

LIMPIADORA 1

LIMPIADORA 2

LIMPIADORA 3

MARGA, 35 años, la novia

FERNANDA, 40 años, la organizadora

ROSARIO, 63 años, amiga de la madre

SEÑORA INDIGENTE

CANTANTE DE LA ORQUESTA, 28 años

ROSANA ROLDÁN, 48 años, concejala de la oposición

ADOLESCENTE 1, 15 años

ADOLESCENTE 2, 16 años

TÍA DE LA RODA, 59 años

PITONISA

MODELO, 23 años

ANCIANA, 74 años

ANGUSTIAS, 91 años

MADRE, 65 años, madre de la novia

REPORTERA

CUQUI, 33 años, amiga de la novia

CHARO, 36 años, amiga de la novia

CAMARERA, 26 años

DOCTORA
CAYETANA, 41 años, hermana del novio
SEÑORA TACÓN
MADRE NUMEROSA
PALMERA 1
PALMERA 2
MINISTRA, 48 años
SARAY, 16 años, la novia gitana
ELENITA, 50 años, hija del novio mayor
INMACULADA, 74 años, la novia mayor
AJUNTADORA
VOZ CONTESTADOR GODOFREDO
Voz 1
Voz 2
Voz 3
VOZ POLICÍA 2
MULTITUD

Los personajes serán representados por un mínimo de seis actrices.

Nota al director:

Las barras (/) indican dónde se interrumpen o superponen los diálogos.

Nos encontramos en el elegante cuarto de baño de señoritas del mejor salón de bodas de Albacete. Izquierda y derecha, las del espectador.

En primer término, centrados, un par de lavabos de sueltas líneas, de metacrilato o algún otro material ligero. A la izquierda, en sesgo, un tocador con una silla. En la parte derecha, la cuarta pared figurará ser el gran espejo donde los personajes se observan, se escrutan, se descubren.

En el hombro derecho está la puerta de entrada al baño desde otras dependencias del salón. La llamaremos "puerta salón". A la izquierda, otra puerta más discreta, la "puerta limpieza". Al fondo, otras cuatro puertas, que dan acceso a cuatro retretes. De izquierda a derecha, retrete 1, 2, 3 y 4. También hay un banco forrado en piel, de corte moderno.

La estancia es tan confortable y aséptica como la habitación de un buen hotel. Al llegar, uno piensa que se podría quedar a vivir en ella. Pero enseguida descubre que no, que es un lugar de paso, por la simple razón de que allí se podría quedar a vivir cualquiera.

En oscuro, escuchamos los primeros compases de la canción Hoy es el día más feliz de tu vida. A golpe de luz de cañón, descubrimos a Limpadora 1 cuando canta; después, de la misma forma, a Limpadoras 2 y 3. En el estribillo, las luces pasan a ser las de un gran espectáculo musical. Las tres mujeres, con sus uniformes de trabajo, sus zuecos, sus fregonas, sus escobillas y sus bayetas, cantan y bailan un número de music hall, mientras dejan el baño impoluto.

Oscuro y cambio de luz.

El escenario está vacío. Escuchamos sollozos, moqueos. Por la puerta retrete 2 aparece Marga, llorando y terminando de subirse las medias con la dificultad que supone hacerlo cuando se viste un traje de novia. Por la puerta retrete 3 asoma Fernanda, la organizadora de bodas, que intenta, torpemente, ayudar a Marga.

FERNANDA.— Venga, venga, que tampoco es para ponerse así.

MARGA.— Me dijiste que sería una boda perfecta...

FERNANDA.— Y lo será.

MARGA.— Me dijiste que no faltaría ningún detalle...

FERNANDA.— Y no falta.

MARGA.— ¡Falta el novio...! ¿No te parece que el novio es un detalle importante?

FERNANDA.— (Lo piensa, duda) Bueno...

MARGA.— ¿Qué hora es ya? ¡Tenemos que cortar la cinta!

FERNANDA.— (Con curiosidad sincera) ¿Qué cinta?

MARGA.— ¡La del salón! Todos los invitados esperan a que la novia ¡y el novio! corten la cinta para poder entrar al salón...

FERNANDA.— (Perpleja) ¿Con unas tijeras, como si se inaugurara un pantano...?

MARGA.— (Sin dar crédito) Tú, tú... Me fui hasta Madrid para contratar la mejor empresa de organización de bodas de España y tú... ¡¿ni siquiera sabes lo que es la cinta...?!

FERNANDA.— (Muy seria) Marga, no te permito que pongas en duda mi profesionalidad./

MARGA.— Sin cinta no empieza la boda./

FERNANDA.— Soy la dueña de la mejor empresa de organización de EVENTOS de este país./

MARGA.— Es una cinta blanca de raso personalizada./

FERNANDA.— He levantado grandes producciones, macroconcier-
tos,/ ferias internacionales, congresos...

MARGA.— En rosa palo, con un hilo muy finito, está bordado a
mano/ el nombre de los dos...

FERNANDA.— No voy a permitir que se critique mi capacidad de
producción./

MARGA.— Es una cinta preciosa.../

FERNANDA.— ¡Por una insignificante boda de mierda!

Pausa.

Por puerta salón entra Rosario (63 años). Tiene muchas ganas de orinar, se nota en su constante meneo y en lo rápido que habla.

ROSARIO.— Marga..., estás..., estás...

MARGA.— Tú también estás muy bien, muchas gracias por venir.

ROSARIO.— Pareces una auténtica princesa. ¡No...! No te lo vayas a tomar a mal, no me refiero a una princesa auténtica, de estas. Me refiero a una princesa real, de las otras. Porque estas... Es como que no salen *del* cuento sino que van *a* por el cuento. No viven *en* el cuento, sino *del* cuento. ¿Te das cuen... to... ta? ¡Cuánto cuento a nuestra cuenta...! (Coge aire) ¿Cuándo cortáis la cinta?

Marga y Fernanda sonríen de manera forzada.

Lo digo porque hay cuatrocientas personas esperando en el *hall*...
El revuelo que se ha armado cuando ha llegado la Ministra... Ay...
(Sin poder aguantar más) ¡Tararí que te vi, que me voy al pipí!

Rosario se mete en retrete 4. Fernanda coge a Marga del brazo.

FERNANDA.— Marga, no me habías dicho que venía una ministra.

MARGA.— ¡Porque deberías saberlo tú! Viene una ministra, medio Ayuntamiento, el presidente del club de fútbol...

FERNANDA.— ¿De qué club?

MARGA.— (Con orgullo) El Albacete Balompié.

FERNANDA.— Vaya tela... Yo me largo.

MARGA.— ¿Adónde?

FERNANDA.— A Madrid. Mira, bonita, yo tengo una reputación que cuidar y, como comprenderás, no pienso tirarla por la borda poniéndome en ridículo delante de una ministra.

MARGA.— Dios, ¿por qué no estará aquí Beatriz? Ella lo ha preparado, lo sabe todo sobre mi boda.../

FERNANDA.— No sabe nada que yo no le haya enseñado. Deberías sentirte afortunada de que haya venido yo personalmente a tu evento./

MARGA.— ¡A mi boda!

FERNANDA.— Has de saber que *Estaqueestaaquí* jamás pisa la arena,/ jamás...

MARGA.— Bea nunca habría permitido que el novio se perdiera,/ nunca...

FERNANDA.— *Esta que estás aquí* tiene a gente que hace eso por ella, gente que se ensucia los zapatos/...

MARGA.— Ella es mi Beatriz.

FERNANDA.— Como mi Beatriz.

Entra una Señora Indigente.

SEÑORA INDIGENTE.— Buenas...

MARGA y FERNANDA.— Hola...

La señora se acerca al lavabo, abre y cierra el grifo varias veces, alucinada.

FERNANDA.— (A parte, a Marga) ¿Y esto...?

MARGA.— Godofredo ha invitado a algunas personas desfavorecidas, sin hogar...

FERNANDA.— ¡A su boda? Hay que ver... ¡Lo que es capaz de hacer un concejal de pueblo en campaña electoral...!

MARGA.— ¡Albacete no es un pueblo!

Rosario sale del retrete.

ROSARIO.— ¿Te vienes, Marga?

MARGA.— Ahora voy...

ROSARIO.— ¿Dónde está el novio?

MARGA.— Ahora viene...

ROSARIO.— ¿Y la cinta?

FERNANDA.— (Cortante) ¡Ahora vamos!

Rosario se va. La Señora Indigente entra en el retrete 3. Tirará de la cadena nada más entrar y después varias veces.

MARGA.— Ay, ¿pero dónde estará este hombre, dónde?

FERNANDA.— ¿Le has llamado al móvil?

MARGA.— (Como si le acabaran de dar una magnífica idea) ¡Ah! El móvil..., cómo no se me había ocurrido... (Cambio de actitud) ¡Claro que le he llamado al móvil! ¡Le he llamado trescientas mil veces al móvil! Tienes que ayudarme.

FERNANDA.— Tú tienes que salir.

MARGA.— No.

FERNANDA.— Tienes que dar la cara.

MARGA.— ¿Sin novio? No tengo tanta...

FERNANDA.— Tienes que cortar la puta cinta aunque sea sin el puto novio.

MARGA.— Se bajó del coche en un semáforo, a dos manzanas de aquí, vio a alguien y se bajó, dijo que ahora mismo venía, que tardaría cinco minutos...

FERNANDA.— Lo mío es el evento, el orden de prioridades,/ la supresión de acciones terciarias...

MARGA.— Es un Rolls Royce de color gris perla. He llegado al banquete en un pedazo de Rolls Royce gris perla... ¡Más sola que la una...!

FERNANDA.— Y el sentido común. Amarás el sentido común sobre todas las cosas.../

MARGA.— Ya ha pasado más de media hora...

La Señora Indigente sale del retrete.

FERNANDA.— ¡Lo tengo! Ella cortará la cinta.

MARGA.— (Mira a la Señora Indigente) ¿Ella...?

FERNANDA.— No, mujer: la Ministra.

MARGA.— Qué vergüenza...

La Señora Indigente hace mutis por puerta salón.

FERNANDA.— Qué va, si no hay nada que le guste más a un político que una inauguración. Y últimamente se inaugura tan poco... Estará encantada de que le cedas ese honor, tienes que planteárselo así. Vamos.

MARGA.— ¿Afuera? No.

FERNANDA.— ¿Que no?

MARGA.— Yo, no, ve tú.

FERNANDA.— Marga...

MARGA.— Soy la novia. (Con gravedad) Y esta novia solo entrará en ese salón del brazo del novio, ¿queda claro?

FERNANDA.— Pero qué perra te ha dado con el novio... A ver, bonita, tú llevas un año preparando este día. ¿Puedes decirme qué ha hecho él?

MARGA.— Pues, pues, pues... Pues... ¡Ah, sí! Ha hecho la lista.

FERNANDA.— ¿Qué lista?

MARGA.— La de invitados. Yo apenas he invitado a treinta personas, las que tengo en el Facebook... No conozco a más.

FERNANDA.— ¿No...?

MARGA.— Bueno, sí, conozco a un montón, a diario, pero las olvido, a diario también. Estoy completamente en contra de esta moda que hay ahora, la de colecciónar personas. Así que mi disco duro *resetea*, continuamente *resetea*. Godofredo me presenta y me presenta y me presenta; y yo, *reseteo*, *reseteo*, *reseteo*. Fulano de Tal, entra por aquí y sale por allá. Mengano Pascual, qué bien que te veo, hasta más tardar. Zutano Total, tráete la merienda, no le pongas sal.

FERNANDA.— Impresionante... Me piro.

MARGA.— (*Coge a Fernanda del brazo*) Oye, que un día por otro, he desarrollado una habilidad única: soy capaz de mantener una conversación bastante interesante, durante bastante tiempo, con bastantes personas, sin que me importe ni lo más mínimo quiénes puñetas son. Incluso hay veces que, después de un rato, logro adivinar su identidad. Lo que me pone la mar de contenta, tampoco sé bien por qué, porque a los dos minutos de saber quién es la persona en cuestión, pues la vuelvo a *resetear*, para, acto seguido, volverme a preguntar: y esta..., ¿quién coño será...?

Entra una chica, lleva un llamativo vestido de lentejuelas, es la Cantante de la orquesta. Marga le hace un gesto de complicidad a Fernanda.

CANTANTE.— (*A Marga*) Estabas aquí... Te andaba buscando.

MARGA.— Tú también estás muy bien. Muchas gracias por venir. Chica, estás guapísima. Ese vestido es muy muy: Muy.

CANTANTE.— Gracias, el tuyo también.../

MARGA.— Lo sé. Y la familia, qué, ¿todos bien?

CANTANTE.— (Dudosa) Bueno, sí..., más o menos.

MARGA.— ¿Y de lo tuyo...?

CANTANTE.— ¿Lo mío?

MARGA.— Sí, ya sabes, tus cositas.

CANTANTE.— Ah, eso, qué te voy a contar a ti...

MARGA.— Ni que lo digas... Pero todo a mejor, espero.

CANTANTE.— (Confusa) Bueno, tirando...

MARGA.— ¿Y aquel chico?, ¿cómo se llamaba...?

CANTANTE.— (Chocada) ¿Pedro...?

MARGA.— ¡Pedro! Qué encanto de tío ese Pedro. ¿Dónde anda?

CANTANTE.— Está fuera.

MARGA.— ¿En el extranjero?

CANTANTE.— No, en el salón. Ahí fuera.

MARGA.— Ah, ¿y qué hace?

CANTANTE.— Lo de siempre: tocar la guitarra..., en la orquesta...

MARGA.— Así que conoces a Pedro, el guitarrista de la orquesta, porque eres...

CANTANTE.— La cantante... de la orquesta.

MARGA.— ¡Bien! (A Fernanda) ¿Ves qué bien?

CANTANTE.— Y te estaba buscando porque no sabemos si quieres que toquemos.

MARGA.— ¿Ahora?

CANTANTE.— Cuando se corte la cinta.

MARGA.— (Horrorizada) ¡¡¡Joder, la cinta...!!!

FERNANDA.— Sí, la cinta.

MARGA.— La cinta... Pues sí, di que ahora vamos...

CANTANTE.— Pero ¿tocamos o no tocamos?

MARGA.— Sí, tocamos, ahora mismo tocamos. (*Echa a la Cantante del baño y le grita desde la puerta*) ¡Tocamos la de *Titanic*! ¡Ya lo habíamos hablado! ¿Lo recuerdas...? Con mucho sentimiento, eh... (*Canta a gritos desentonando el estribillo de la canción*)

Marga va a cerrar la puerta, pero entra Rosana, una concejala de la oposición.

ROSANA.— Pero qué sorpresa: ¡la novia! Precisamente, yo quería felicitarte, y te felicito, por tu sentido de la medida y tu distinguido saber estar, que son *im-pecables*.

MARGA.— Tú también estás muy bien, muchas gracias por venir.

ROSANA.— También puedo añadir, y añado, que, hasta el momento presente, la organización del evento que nos ocupa es *i-rreprochable*.

FERNANDA.— Yo soy la responsable.

MARGA.— No es un evento.

ROSANA.— Y podría finalizar, y finalizo, mostrando el agradecimiento por la considerada invitación de mi adversario político, y sin embargo colega, Godofredo Navarro. Su gesto ha sido *in-tachable*.



ANA GRACIANI (Albacete, 1972)

A los 19 años, comenzó a trabajar como periodista en prensa escrita, radio y televisión. Diez años después, cambió esta profesión por la gestión y la producción en las artes escénicas, para terminar cumpliendo sus deseos y dedicarse en exclusiva a la escritura y a la dirección dramática y audiovisual. Los géneros donde se siente más cómoda son la comedia y el infantil.

Es autora de las obras teatrales *El día del padre*, con más de 200 representaciones en España y traducida a varios idiomas; *Fénix, el pájaro*; *Un pecado original*; *Cuando la jara está en flor*, y de la adaptación de *El enfermo imaginario*, protagonizada por Enrique San Francisco.

Como guionista, ha participado en las tv movies *La soledad del triunfo*, *Ciudadano Villanueva* y *La rueda*, así como en los cortometrajes *¿Dónde están las llaves?* y *El toro y la luna*.

CÉSAR LÓPEZ LLERA

La sala de Hermafrodita
(Comedia transromántica)

I Laboratorio de Escritura Teatral

fundación sgae

La sala de Hermafrodita

(Comedia transromántica)

DRAMATIS PERSONAE

ANDREA, limpiatriz de sesenta y cinco otoños recién cumplidos
DIEGO, guardajurado en cuarentena

La acción transcurre en una sala del Museo del Prado en el año de la dimisión del papa Benedicto en el Status Civitatis Vaticanae y del nombramiento de más de cinco millones de parados en el reino de España.

Derecha e izquierda, las del espectador.

Nota del editor:

Por expreso deseo del autor, no se señalan con cursiva los neologismos, modismos, gitanismos, regionalismos, arcaísmos..., no aceptados por el diccionario de la Real Academia Española. Considera que, de este modo, contribuye a reivindicar su uso e integración en el acervo lingüístico. Tampoco se han incorporado marcas de estilo a las obras de arte, a las que otorga así un papel asimilable al de los personajes reales de la obra.

Proyección de una imagen de la escultura de Hermafrodita del Museo del Prado hasta que las luces de sala se sumen en el oscuro. Amustiada iluminación de museo a la hora del cierre evoca la cargante e invisible niebla dejada por los aientos de los visitantes. Se mamuja, se ventea el abatimiento y el cansancio de los seres atrapados en los cuadros velazqueños, fustigados por miles de miradas y vigilados de continuo por cámaras de seguridad. Al fondo, La Venus del espejo; en el lateral diestro, Esopo; en el siniestro, Marte. Un cordón de seguridad con borlas en los postes acota la distancia para la contemplación de las obras. En el rincón derecho del fondo, mansea una vieja silla de madera. Presidiendo la escena, Hermafrodita, de Matteo Bonarelli. Un silencio penetrante y contemplativo anega la sala y se infiltra en los tuétanos de los espectadores. Un guardajurado a unas pastagafas pegado accede por la izquierda del primer término buscando a alguien. Aunque pisa con garbo de pavo real, se le nota inseguro y con cierta jindama a la soledad. Ya entrado en cuarentena, luce barba de varios días al falso descuido, patillas, bigotón y pelo aplastado de medio lado, que cuestionan su autoridad, embutida en un uniforme que le viene estrecho, corto..., y cuyo pantalón se le va ombligo arriba en busca de las costillas. Adornan su brillante cinturón varias fundas: de móvil, walkie, esposas y espray paralizante, amén de porra y pistolón, a los que se aferra y se desaferra en busca de protección. Su porte y actitud más nos evocan a un niño grande disfrazado de segurata que a un guarda de fiar. Se para ante la escultura, la contempla con displicencia y, receloso, abandona la escena por la derecha tras apagar la luz. La grácil yacente y Venus dialogan con luz muy plástica.

VOZ DE DIEGO.— A ver. Me van desalojando, por favor. (*Mofantes pronunciaciones de las lenguas no vernáculas*) *Leave, please. We close in a minute.* Cerramos en un minuto. (*Pausa*) *Oui, oui, mademoiselle, nous fermons dans une minute.*

Por la derecha, luchando contra la soñarrera con meneos de osamenta y empujando el carrito de sus trebejos, se vislumbra en la penumbra a Andrea, una limpiatriz sexagenaria con grandes cascós y uniforme con pegatinas reivindicativas. Pelo cortísimo, teñido de rubio platino, labios colorados y sombras de ojos y pestañas no poco marcadas. Chupada, de ademanes elegantes y buen porte, sufre callada, pero con visible dolor, lo que quizá sea un manojo de ortigas en el posadero. Tal padecimiento la acompañará discretamente a lo largo de toda la representación, lo mismo que la zorrera intermitente. Trae el morro tan retorcido, que más que habérsele subido el humo a las narices, se diría que se le ha bajado a afumarle los mismísimos.

ANDREA.— (*Apitonada y acelerada, en inquieto bureo con su carruco, tras ejercer de diosa al ordenar hacerse la luz y, con ella, los cuadros de los laterales*) Se va a enterar, vaya que si se va a enterar. Esta me la paga bien pagada. ¿Cómo ha podido...? Y no solo hacerme eso, no, lo peor, que me lo haya ocultado, porque nada me saca de madre como la mentira. ¡Qué difícil arrancar la verdad en este valle de lágrimas de cocodrilos! (*A la escultura, cosquilleándola con un plumero*) ¡En qué poco me tiene! ¡Qué digo en poco...! ¡En nada! Cría cuervos y te reventarán los ojos a picotazos. (*Palpando con una bayeta el bronce*) No habrá quien te luzca con el mimo que yo, ¿eh? (*Rozándole la cara con las plumas*) ¡Plumas de avestruz! Casi cinco euros, maja. Nada de rafia ni sintético. (*Tras un sesteo de las cuerdas vocales*) ¿Cómo habría acabado si no lo hubiera recogido? Se columpiaba en el filo de la navaja: sexo salvaje, drogas, soledad, depresión... (*Carreteando, con un nudo en la garganta*) Mi piel ha envejecido y he quemado mi corazón por él. ¡Desagradecido! Si no era más que un mariconcete con pintas que se consolaba ante los cuadros de Velázquez dibujando al carboncillo y llorando. (*Dando un descanso a la parlanchina*) ¿Quién ha tirado del

carro sino yo? ¡Y con qué sacrificios! Las uñas me he dejado entre lejía y estropajos. (Muy reconcentrada, remansándose) ¡Eh, eh..., sí, sí, pero para el carro! (Esgrimiendo un soplete que ocultaba en el cajetón y contemplando con miradas y sonrisas incendiarias el bronce, cuya silueta bosqueja en el aire con el instrumento, antes de pasarlo sobre los cuadros de la sala) Esta vez se acabó. Que no me revuelva la mala leche porque..., antes, le abraso los huevos a esta o... lo mando al paro, fijate lo que te digo. ¡Armo un estropicio en el museo y se finí! Le busco la ruina. ¡Qué se habrá creído! (Permanece unos segundos inmóvil ante la encuerada, deja el soldador tras ella, se relaja y se arranca por alaskadas empuñando la mopa a manera de micrófono)

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?

Yo que te hubiese querido hasta el fin.

Sé que te arrepentirás...

(Al bronce) ¡Qué canciones! (Tararea y menea las tabas con creciente dificultad. Vencida) ¡Vaya tiempos aquellos! Se me ha escabullido la vida en un par de pedas mal tiradas. ¡Pedas, sí! ¡En mí todo es muy femenino! (Risas, apoyándose en la desnuda al escurrírselle las rodillas) Mi vidorra reducida a una mala digestión de dolores y a un puñadito de alegrías con fabes. (Lidiando con Morfeo para no caer en sus brazos). A partir de mañana, una jubilata más y, no tardando, a pasar frío al barrio de los callaos, que pronto retirarán las ayudas al carbón y apagarán las calderas del infierno. ¡La Iglesia aún esconde mucho poder y vino picado! (Logra no caerse. Saca un termo de su carro y bebe) Gracias al café aguanto. ¡Como para seguir limpioteando! (Se acerca a la silla y la arrastra al lado del desnudo durmiente. Amaga una sentada, pero las punzadas del bullarengún la reprimen y se dirige a la vagoneta a guardar el termo y a colocarse una linterna en la frente, unas gafas de soldador y a proveerse de un flotador, sobre el que asienta aliviada el doliente). Ay... (Decrece la iluminación y, semidormida, se despestaña con una lupa sobre los genitales de la figura) ¡Qué poco veo de cerca! Sufro ausencias. Ayer, mismamente, eché a la olla un tanga. O presencias...

Música de diyiridú. Plancha la oreja sobre la bella de bronce. La rendición de Breda sustituye a Venus y en los laterales se iluminan al galope Felipe IV y El conde-duque de Olivares.

VOZ EN OFF.— (Acompañada de apariciones de John Lennon sobre los cuadros) Vivimos en un mundo donde nos escondemos para hacer el amor, pero la violencia se practica a plena luz del día.

Palmean fuera. El rey y su valido se desvanecen y emergen Venus, Esopo y Marte con la iluminación recuperada.

VOZ DE DIEGO.— (Acompañada de palmadas) *Allez, allez, a la maison.* Vamos, vamos, no se me paren. ¡Come on!

Entra el guardajurado, va hacia ella, la aparta cariñosamente de la yacente y esboza mohines de disgusto. Andrea se levanta desorientada y, moquiteando, lo esquiva.

ANDREA.— (Chungona, a la figura, con las gafas protectoras colgadas del cuello para burla de Diego) *Allez, allez, a la maison.* (Mientras Diego insiste inútilmente en los abrazos) El diablo chapurrea en gabacho por los bigotes de los posesos que jamás lo parlotearon.

DIEGO.— (Tocándose la barbilla pensativo; gesto que repetirá frecuentemente) Todo se aprende.

ANDREA.— Hasta la mala baba. (Sarcástica, frunciendo el entrecejo al acordarse del soldador, del que aleja con todo tipo de triquiñuelas a Diego, cuyos pies se dirían imantados por él) ¡Lo que culturiza el cine en versión original! Lástima que a mí me mareen los subtítulos y me provoquen ronquidos. Se comprende que ya no me invites nunca.

DIEGO.— Tú me obligaste. ¡La que me montaste viendo *Amélie*! ¿Sí-gues mosqueada, eh? (Chancero, señalándole las gafas) ¡Y eso?

ANDREA.— (Mirándole las suyas, con alcocarras zumbonas, mientras se restriega con las mangas la moquera y los ojos) Moqueada más bien.

Por... ¡los recortes! (*Diego mima caras de incomprendión e interpelación*) Menos personal..., más trabajo..., más trabajo y menos sueldo..., ¡polvo y más polvo! (*Conclusiva*) La alergia, ya sabes.

DIEGO.— (*Celoso, señalando a Hermafrodita*) ¡Ya, ya! Lo mismo si te arrimaras menos a la... alergia. (*Preguntando con gestos, le quita la linterna de la cabeza y señala la lupa, que ella le pone ante los ojos*)

ANDREA.— (*Seria*) ¡Para verte mejor!

DIEGO.— Al menos, dime la causa del mosquito. ¿Te molesta que estudie en la biblioteca? (*Ella sigue a lo suyo, rostritorcida*) ¿Porque cuando libro vuelvo de madrugada? (*Sin contestación, pero fusilado a miradas*) Necesito mi espacio y mi tiempo. (*Andrea le ofrece el mundo entero abriendo guasona los brazos*) Puede que, sin quererlo, tú hayas provocado esta situación. (*Ella reacciona con una mezcla de chanza, sorpresa y desprecio. Harto*) Ya te vale, ¿no? (*Implorante*) ¿Qué te pasa? (*Entre preocupado y evasivo, tras el paso de una cohorte de ángeles*) La narcolepsia te va a más y el médico nos aseguró que con la edad disminuirían los síntomas. Te duermes en cualquier sitio.

ANDREA.— (*Vigilando de reojo la reacción de Diego, que trata de ocultar sus parpadeos intermitentes y tics faciales*) No te preocupes. Achaques de la edad. A perra vieja, todo son pulgas, que decía mi abuela.

DIEGO.— (*Amoscado e incómodo*) El día menos pensado, en vez de dormirte, te me desnucas. ¡Lo que me faltaba! (*Cogitabundo, acariciándole el pelo*) Deberíamos... volver al neurólogo... y... ponerle..., no sé..., casco.

ANDREA.— (*En brega por colocárselos, como si fuera un niño, mientras a Diego lo llaman al móvil*) Y tú los pantalones más abajo, coño, antes de que te revienten los huevos. Y quitarte esas gafotas que te comen la cara. Si parece que te has enmarcado los ojos. (*Intentando peinarle*) ¡Vaya facha! (*Diego se aparta amohinado. Se recomponе*

uniforme y pelo, y contesta a la llamada con un wasap. Andrea aprovecha para esconder el soldador. Incrépadora, provocando morisquetas en Diego) ¿No te das cuenta, al mirarte al espejo, de que ya no hueles a tí?

DIEGO.— (Enzainándose) ¿Y a qué huelo?

ANDREA.— A piel sorda y a lechuzo ahumado.

DIEGO.— (Sorprendido) ¿A piel sorda? (Cocador) ¿A qué huele un lechuzo ahumado?

Vibraciones y sonsonete telefónicos en el cinto del pistolo, que se muestra perturbado ante la procedencia de la llamada.

ANDREA.— A llamadas podridas. ¿No te atufan? Lo mismo empiezas ya con el olfato cansado. Por de pronto, de cerca no ves un pijo. Vas teniendo una edad.

DIEGO.— (Agrio) Cuando te pones petarda, te vuelves intratable y obligas a uno a... cualquier cosa. (Elusivo, tras sonrisas y aspavientos de Andrea) Te hacía con tus compañeras. Se han encadenado a la escultura de Carlos V. ¡Vaya boutade! (Andrea mima no comprender. Como disculpándose del galicismo) Que... ¡menuda ocurrencia!

ANDREA.— Para ocurrencia, despedir a la mitad de la plantilla y reducir los sueldos. Hacen bien. (Blandiendo revolucionaria el palo de su mopa) Si esto no se arregla, ¡guerra, guerra, guerra! Yo que ellas, quemaba un par de cuadros de la escuela alemana. O el museo entero.

DIEGO.— ¡Hoy te levantaste maljode, eh!? (Se aparta molesto con tic faciales y de cabeza) ¿Te encuentras bien?

ANDREA.— (Enigmática, asintiendo) ¿Y tú? (Silencio) ¿Habría de encontrarme mal por algo? (Mutismo tenso) Bueno, sí. (Diego se pone bastante nervioso) Aparte de la dormidera, se me ha abierto la

fistula. (*Sacando un cepillo, que se pasa por las asentaderas con visajes de dolor*) Por los disgustos y los nervios. Veo las estrellas. Como si me frotaran el desagüe con un cepillo de raíces.

DIEGO.— (*Escurridizo*) ¡Te empecinas en no operártela y...!

ANDREA.— A mi hermanito nos lo sacaron del quirófano en una caja blanca.

DIEGO.— Con el láser apenas corres riesgos. (*Negativa gestual de Andrea*) Pues que te la sellen con pegamento de fibrina.

ANDREA.— A mí no me echa pegamento en el culo... (*Clavándole una mirada de reproche*) ni en los labios ni María Santísima.

DIEGO.— (*Huidizo, extrayendo del carruco una pancarta en la que hay dibujada una limpiadora escoba en mano con el lema: "No nos barrerán", que Andrea despliega orgullosa*) ¿No planearás aquí otro encierro?

ANDREA.— (*Negando*) Bastante me encierro en casa, que ya no salimos ni a pasear al chihuahua. Cada vez más cacho perro, encoge con mis lágrimas. Casi me sirve de llavero. (*Plegando la pancarta y guardándola*) Mejor no protestar, ni pensar, ¿verdad? ¡A aguantar carros y carretas! De tanto estrujar la sesera, lo mismo revienta y luego toca rascar las preocupaciones de las paredes.

Sirenas de policía afuera aproximándose y parándose.

LLAMADA DEL WALKIE.— P1 a P47: acuda a reforzar zona de encadenadas.

DIEGO.— (*Al walkie, mirando a Andrea concomiéndose*) P47 a P1: recibido.

ANDREA.— (*Que, desganada, vuelve a colocarse los cascos y a pasar la mopa*) Hala, hala..., a doblar el espinazo los privilegiados de la tierra. (*Coñona*) *Allez, allez, au travail.*

DIEGO.— (En mutis, tras intentar besar a Andrea, que lo sorteó despeinándolo) ¡Te afecta más de lo que pensabas! (Andrea indica que no oye. Diego le quita los cascos) ¡Que la jubilación te afecta más de lo que pensabas!

ANDREA.— (Picada, colocándose los auriculares) Será eso.

DIEGO.— ¡Baja el volumen! Vas a quedarte sorda.

ANDREA.— ¡Para lo que hay que oír! Además, la música espanta a la muerte. (Apuntando hacia el cuadro de Esopo, sobre cuya zona se concentra la luz, mientras desaparecen los otros cuadros) Lo pregonaba el tartaja este con cara de buey.

DIEGO.— ¿Esopo? (Andrea asiente) No murió tartamudo. (Mientras Andrea se chancea de él en complicidad con Hermafrodita) La diosa Diana lo curó. Nos lo contó Sebas..., el cátedro de Arte barroco. Según él... (Alterado ante el chicharreo del móvil)

ANDREA.— (Resentida) Yo también aprendí mucho de un profesor que se pasaba el día aquí. Nos hicimos... (Duda) ¡muy amigos! (Indicándole con un gesto a Esopo, mientras Diego, distraído, se afana en teclear en el móvil). Lo mataron...

DIEGO.— ¿Al profesor?

ANDREA.— (A su inerte, sin que Diego lo oiga) Ni un poco. (Pensativa) Y no le hubiera venido nada mal. (Haciéndose oír) No, hombre, no, a Esopo.

DIEGO.— ¡Ah, ya! Lo...

ANDREA.— (Curiosa) ¿Quién es?

DIEGO.— (Agobiado, dándose el quiebro) Un pesado.

ANDREA.— (Ofendida, a Esopo, sentándose entre Hermafrodita y el fabulista a tomarse un café con galletas para vencer la sueña) Te

despanzurraron los salvajes de Delfos por bocazas. ¿A quién se le ocurre, sino a ti, vomitarles a quienes se creían el centro del universo que de cerca eran tan miserables como los demás? (Reflexiva) A todos se nos descubren las miserias de cerca, por raquícas que nos parezcan. Les pasa lo que a los granos. ¡Y lo que nos cuesta asumirlas! Incluso a mi Dieguito, a mí. (Luz sobre Esopo) A ti. (Dirigiendo su dedo acusador hacia la pared del fondo, sobre la que se concentra la luz al revelarse el cuadro de Las Meninas, pero chachareando con el sabio griego. Decrece la iluminación: luz cenital sobre el espacio donde se encontrarían los monarcas si estuvieran en escena y luz focalizada sobre el espejo en el que se difuminan los rostros soberanos) A doña Mariana de Austria, malcasada en plena adolescencia con su tío Felipe IV, ya sifilítico y carrozón, tras morírsele de repente su novio y primo Baltasar Carlos, hijo, ¡claro!, de Felipe IV. (Iniciando una reverencia, que aborta al momento) Sin perdón, ni reverencia, que yo no me arrodillo ante nadie. (Desaparece la luz cenital. Se ilumina Velázquez pintando, al que se le adivina una mueca de disgusto) A Velázquez. Por mucha cruz de Santiago que adorne su pecho, conseguida..., miserablemente..., con tráfico de influencias y deudas. (Luz sobre ellos, al nombrarlos) A Maribárbola, enana descarada y de mal vinagre. A Nicolasito. ¡Menuda pieza, eh, amigo! Aprendiste a ver, oír y largar a quien debías. Por algo te despacharon a Toledo con la reina Mariana, para la que espiabas. (Pausa) ¡Todos miserables! (Turbada, a Esopo, que resplandece tras esfumarse Las Meninas) ¿Qué fábula me desembucharías para que entendiera lo que me pasa con Diego? Para algo eres el fabulista más famoso. (Tras callarse unos segundos y guardar el termo) ¿Te das cuenta? Necesitamos que la ficción nos cacaree la verdad y que una infeliz gallina o cualquier avechucho nos repare las entendedederas.

Vuelve la iluminación habitual y el trío velazqueño de Venus, Marte y Esopo. Andrea se asegura de que no hay Diegos en la costa. Arranque musical de Mi gran noche, de Raphael, que Andrea canturrea sacando de su carro el soldador, un inflaglobos manual y un cinturón de obrero con herramientas, que deja tras la estatua.

(Al bronce, mientras hincha globos, que ata con cuerdecitas) Esta noche te libero de tu cuerpo. Primero, a asegurarnos de que las cámaras no funcionen. (Con los dedos y movimientos de cabeza indica falta de mosca. Coloca los globos a la altura de los objetivos y fija las cuerdas al suelo con botes de limpieza) De no aparecer alguien ahora mismo, no rulan. (Colocándose la linterna en la cabeza, antiparras protectoras, guantes de seguridad y sosteniendo la lupa en la mano izquierda, apaga la luz para inspeccionar y toquetear muy concentrada los genitales de la durmiente. Marte y Esopo se esfuman, y se queda sola en la pared del fondo Venus) Te transformaré en una mujer total. ¡Fuera testículos y pene! Te compondré una vulva la mar de mona, con los labios un poquito encendidos. Basta agregarle más cobre a la liga para conseguir el efecto. No te preocupes. (Agitándolo) Domino el soplete. (Mueca de contrariedad. Algo no ve claro y deja el fusor en el suelo) Trabajé en una fundición y en una orfebrería en Alemania. Dejé el oficio por la alergia al níquel. El limado, el pulimentado, el abrillantado y los remates artísticos se quedan para los restauradores. A mí no me da tiempo a todo y, cuando me pillen, no me dejarán acercarme a ti ni a mirarte. Eso si no me encarcelan. No me importa. También antes acusaban de castración a los cirujanos que reparaban los bajos.

Al inicio de la faena, se cuela en la sala Diego, que acude a la llamada de la enigmática luz de linterna porra en mano tras abrir cauteloso la pistolera.

DIEGO.— (Perplejo, apartándola de Hermafrodita y arrebatándole la lamparilla, por la que pelean) ¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces? ¿Tú quieres buscarme la ruina?

ANDREA.— ¡Qué ruina ni ruino! Solo quiero limpiarle toda esa cochinería que se le amontona desde hace más de trescientos años entre los muslos.

DIEGO.— (Encendiendo la luz, con la que regresan el dios de la guerra y el literato) Me echan; si se enteran, me echan.



CÉSAR LÓPEZ LLERA

© Aitor López Pérez

Aunque nacido en Madrid, se siente de Andeyes (Asturias). Licenciado en Filología Hispánica, trabaja como profesor. Ha recibido multitud de premios por sus obras, todas publicadas, entre los que destacan el Lope de Vega 2009, por *Bagdad, ciudad del miedo*, y el Tirso de Molina 2006, por *Últimos días de una puta libertaria*. Otros han sido: Madrid Sur para Textos Teatrales, por *Pasarela Senegal*; premio extraordinario de Monólogo Teatral Garzón Céspedes 2007, por *El jamás contado plante de Miguel de Quijote Saavedra*; premio Rafael Guerrero 2007, por *Llamadas perdidas del 11-M*; premio Monteluna 2006 de la Universidad de Huelva, por *El vespino de don Quijote*; premio internacional de Teatro Domingo Pérez Minik 2006 de la Universidad de La Laguna, por *La chica de ayer*, y el V Premio de Teatro Serantes, por *Un chivo en la Corte del botellón o Valle-Inclán en Lavapiés*. En 2010, inauguró el Festival de Palma del Río su obra *Últimos días de una puta libertaria*, que ha pasado con éxito por Madrid, Barcelona, Sevilla, Santander, Zaragoza..., y aún sigue de gira. Otras obras estrenadas son: *El perro de san Roque si tiene rabo* (Teatro Lagrada de Madrid, 2012); *Parado estrés, dentro del montaje Estrés x 3* (Teatro Lagrada de Madrid, 2011), con textos, además, de Alberto de Casso y Javier de Dios; *Palabras de destrucción masiva (Crónicas de la guerra de Irak)* (Teatro Moderno de Chiclana de La Frontera, 2008), y *Llamadas perdidas del 11-M* (Teatro Moderno de Chiclana de La Frontera, 2007). Recientemente, se ha ocupado de su labor creativa el profesor Gutiérrez Carbajo (*Don Galán*, núm. 3), como ya lo hicieran Matthew Isaiah Feinberg, quien lo estudia en su tesis doctoral con Juan Mayorga, López Mozo y David Plannell, o Garzón Céspedes, que lo somete a una larga entrevista (*Los Libros de las Gaviotas de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica*).

VANESSA MONTFORT

El Galgo

I Laboratorio de Escritura Teatral

fundación sgae

El Galgo

PERSONAJES

ELENA
DANIEL
GRETA
HANS
AUXILIADORA
EL GALGO

Salvo Auxiliadora, de unos 60 años, todos tienen entre 40 y 45, incluido el Galgo, que tendrá esa edad a escala, o sea, unos 6 años.

Esta es una obra para cinco actores y un protagonista elíptico que, sin embargo, debe estar omnipresente.

Nota al director:

Las barras (/) indican dónde se interrumpen o superponen los diálogos.
Las cursivas indican que hay que poner énfasis en esa palabra.

Sobre el oscuro y en el centro del escenario, aparece Auxiliadora sentada frente al público. Viste como si viniera de la sierra. El pelo fosco, salpicado de canas que hace mucho que se divorciaron del tinte. Con una serenidad aprendida, lee:

AUXI.— Solicitud de adopción del sujeto número 22/441. Color negro. Padres desconocidos. Edad: 6 años. Peso: 21 kilos. Motivo: maltrato. Situación actual: en acogida y rehabilitación.

En un extremo del escenario, sentados frente al público, están Elena y Daniel. Él, un hombre de 45 años, mirada condescendiente, gesticulación laxa, no muy atractivo. Viste formal pero desatulado. Ella, algo más joven, una belleza de cara lavada y físico aniñado, lleva ropa cómoda y juvenil. Sentada en una posición que desafía las leyes de la gravedad, lee en un portátil.

AUXI.— Nombre de los miembros de la casa de acogida.

ELENA.— (Teclea) Elena Soler y Daniel Colinas.

AUXI.— Nombre de los solicitantes de adopción.

Se ilumina el otro extremo del escenario y aparecen Hans y Greta sentados frente al público. Ella, rubia, con un corte de pelo moderno y favorecedor, de hueso grande y mirada indescifrable. Viste de forma neutra. Él, atractivo y risueño, de voz pausada. Lleva ropa moderna con un artificio desenfadado. Hans tiene un iPad sobre las rodillas.

HANS.— (Teclea) Greta Stolk y Hans Shrenkel.

ELENA.— (A *Daniel*) ¿Pero de dónde son?

AUXI.— (Lee) ¿Dirección?

HANS.— Calle Esparteros, 10.

DANIEL.— Viven en Madrid.

GRETA.— (A *Hans*) No, querido, mejor pon la nueva. Friedrichstrasse...

ELENA.— Eh, aquí hay otra dirección.

AUXI.— Ciudad.

HANS.— (*Teclea*) Berlín 10117.

AUXI.— País...

HANS.— Alemania.

ELENA.— ¿Alemania? ¿Se lo quieren llevar a Alemania?

Auxi prende un incienso y describe calculados círculos en el aire.

AUXI.— (Lee) ¿Por qué quieres adoptar un galgo?

GRETA.— (*Dicta*) Para salvarlo.

Hans teclea con destreza.

DANIEL.— ¿Para qué?

ELENA.— Para salvarlo, ponen. Para salvarlo.

GRETA.— (*Dicta*) Y porque mueren..., *son asesinados*, 50.000 al año.

HANS.— (*Teclea*) Sí...

GRETA.— En España.

AUXI.— ¿Has tenido otros animales de compañía?

GRETA.— Un rottweiler.

ELENA.— ¡Un rottweiler no tiene nada que ver!

HANS.— (A Greta) Pero era de tu padre.

GRETA.— (Dicta) Un rottweiler.

DANIEL.— ¿Y eso qué más da?

ELENA.— En la asociación necesitan saber si tienen experiencia. ¿Por qué te pones a la defensiva? Se lo están preguntando a ellos. Para eso son los adoptantes.

DANIEL.— Podrían tener experiencia con otros animales. (Pausa) Yo tuve a Leonardo.

ELENA.— ¿Un cangrejo?

DANIEL.— Dice *animales de compañía*, y a mí me la hacía, y mucha.

ELENA.— ¡Si me dijiste que solo te duró una semana!

DANIEL.— ¡Porque lo descubrió mi madre y lo echó a la paella!

Auxi zambulle con parsimonia una bolsita de infusión en una taza.

AUXI.— ¿De cuánto tiempo dispones para pasear al perro?

GRETA.— Escribe lo del paseaperros.

ELENA.— ¿Tienen paseaperros? Qué esnobs, ¿no?

DANIEL.— Si me contratan, se lo paseo encantado de 8 de la mañana a 10 de la noche.

AUXI.— ¿Está toda tu familia convencida de tener un galgo?

HANS y GRETA.— Sí.

AUXI.— (Lee) ¿Dónde dormiría el galgo por la noche?

GRETA.— Pon lo de la colchoneta antiparasitaria.

Hans teclea.

ELENA.— ¿No dormirá con ellos?

DANIEL.— ¿Ves, cariño? Hay gente normal.

ELENA.— Pero aún tiene terrores nocturnos. He invertido mucho esfuerzo en que se tranquilice.../

DANIEL.— Y yo en ambientadores, porque anda que no ventosea el animalito./

ELENA.— ... ¿y ahora lo van a dejar solo y a oscuras por las noches?

Auxi se dispone a hacer el saludo al sol.

AUXI.— ¿Qué harás con tu perro cuando te vayas de vacaciones?

Elena y Daniel ríen admirados.

ELENA.— ¡Que tienen vacaciones!

DANIEL.— Ay, que me parto...

AUXI.— ¿Harías castrar, barra, esterilizar a tu perro?

DANIEL.— ¿Qué? ¡Ah..., no, no, no...! (Con gesto de dolor) ¿Pero por qué iban a hacer eso?

ELENA.— Porque hay que hacerlo.

HANS.— (Teclea) Por supuesto.

DANIEL.— ¿Por supuesto? Hay que decirle a la asociación/ que ni se les...

ELENA.— Es la asociación la que te obliga. No es negociable.

DANIEL.— Pero nosotros no lo hemos.../

ELENA.— Porque solo lo teníamos en acogida..., y de *eso* se encargan los que lo van a adoptar.

Auxi está podando afanosamente un bonsái.

AUXI.— ¿Vives en una casa unifamiliar? En caso de que la respuesta sea afirmativa: ¿Está el jardín vallado de forma segura?

GRETA.— (Dicta) El apartamento tiene 250 metros cuadrados, y explícales que tiene calefacción central, una habitación ventilada para el perro.../

HANS.— (Teclea) Un momento, *liebe*, más despacio./

GRETA.— ... y que está al lado del parque Tiergarten.

ELENA.— Lo van a encerrar en un apartamento... Igualito que nuestro chalé.

DANIEL.— No es un chalé, cariño, es un adosado tiñoso y pronto será un 4.º sin ascensor/

ELENA.— Eso será dentro de una semana, de momento vivimos en un chalé.

AUXI.— ¿Tienes hijos?

GRETA.— No...

Hans le hace una caricia y luego teclea.

AUXI.— ¿Qué ingresos anuales tienes?

GRETA.— Pon los míos. Con los bonos son 110.000 euros.

Elena y Daniel contemplan pasmados la pantalla.

DANIEL.— ¿Tú has visto eso?

ELENA.— ¿Y *eso* será en bruto o en neto?

AUXI.— ¿Estaría dispuesto a informarnos sobre cómo está el perro y a recibir inspecciones periódicamente?

HANS.— Guau... ¿Inspecciones?

GRETA.— Tú pon que sí.

Hans teclea.

DANIEL.— ¿Inspecciones? Qué exageración.

ELENA.— Pues no. Se hace siempre. Pero el problema es que en Alemania el seguimiento no va a ser tan fácil como aquí.

DANIEL.— Hombre, pero no creo que vaya a estar peor que colgado de un olivo.

ELENA.— Se están dando muchos casos de redes/ que los utilizan...

DANIEL.— ¿Redes? ¿Pero qué redes, cariño?/

ELENA.— ... para experimentar con ellos./

DANIEL.— ¡Una trata de galgos! No me digas más.

Auxi se ha sentado en la posición del loto y se dispone a meditar.

ELENA.— Ay..., mira, aquí aparecen nuestros datos como familia de acogida.

DANIEL.— Sí...

ELENA.— *(Orgullosa)* Y que lo estamos rehabilitando.

DANIEL.— Y eso hemos hecho, cariño. Prepararlo para que pudieran darlo en adopción.

ELENA.— Pero aún le queda tanto para recuperarse del todo... ¿Y si no son las personas apropiadas?

DANIEL.— ¿Apropiadas? ¡Hasta yo me dejaría adoptar por ellos siempre que no me capasen!

AUXI.— *(Al público, sola, sentada en la posición de loto)*

Informe PRE-adopción del sujeto número 22/441: Unidad familiar alemana de dos miembros residentes en Madrid. La pareja solicita la adopción para trasladarse con el galgo a Alemania. A favor: situación económica estable. En contra: inexperiencia con galgos. Habiendo estado el sujeto en acogida durante 6 meses junto a los voluntarios ELENA SOLER y DANIEL COLINAS, se procede a visitarlo con los solicitantes con el fin de valorar si está listo para su adopción definitiva. Auxiliadora Duarte, Asistente n.º 54, de Adopta un Galgo. En Madrid, 4 de junio de 2013. Enviar.

Auxi sale de escena.

Se escucha el lloriqueo de un perro. Luego unos ladridos cortos y agudos.

Estamos en la todavía casa de Elena y Daniel. Una cocina grande y luminosa en la que se apilan cajas de mudanza en equilibrio. Algunos muebles embalados en papel burbuja, lo que no nos permite

distinguir su verdadera forma y color. Una mesa ovalada con un gran centro de cristal lleno de naranjas contrasta con el desmantelamiento que los rodea. Un ventilador gira lentamente y apenas logra remover el aire. Siempre hará mucho calor. Elena y Daniel buscan con nerviosismo entre paquetes y cajas.

ELENA.— ¿Majos?... ¿Por qué te parecen majos? De momento solo han saludado y han dicho que la casa era muy *minimalista*. No es *minimalista*, ¡es que está vacía!...

DANIEL.— ¿Dónde dices que estaban las tazas?

ELENA.— ...Y ella, ya has visto..., ha llegado haciéndole la pelota de forma descarada a la asistente y, según ha localizado al perro, se ha lanzado sobre él como una valquiria. Al pobre bicho casi le da un infarto. (Pausa) Tenían que venir justo esta semana. Por Dios, date prisa, Dani./

DANIEL.— Yo aquí no encuentro nada./

ELENA.— No ha habido química. ¿Lo has visto, no? Cómo ha ido reculando con el rabo entre las patas. Y a ver ahora quién es el guapo que lo saca del hueco del radiador. ¡Yo? No./

DANIEL.— Madre mía, ¿pero cuánto papel burbuja has utilizado? ¡Cuesta una pasta!/
/

ELENA.— ... Una persona con experiencia lo sabría. Hay que dejar que sea él quien se acerque, no mirarle a los ojos, dejar que te huela... Date prisa, hombre, que no quiero que parezca que estamos desbordados.

DANIEL.— ¡Es que estamos desbordados, Elena! ¡De papel burbuja! Si no hubieras encapullado todo como una araña, sería algo más fácil. (Saca dos paquetes de una caja) ¿Ves? ¡Esto podría ser desde la cafetera hasta tu consolador!

Elena le arrebata uno de los paquetes.

ELENA.— Tiene una pegatina roja. Las pegatinas rojas son cosas de cocina. Las azules son libros. Las amarillas son las cosas del baño. Te hice una lista que pégue en la nevera.

DANIEL.— La lista, sí..., la lista sería muy útil si no hubieras enca-pullado también la nevera.

Elena se acerca a un gran bulto rectangular forrado de plástico que podría ser el refrigerador.

ELENA.— ¿Ves? Pegatina roja. Cosas de la cocina. Por eso sé que es la nevera.

DANIEL.— *(Abriendo un paquete)* Y entonces... esta debe de ser la lata de los téis.

Elena se la arrebata.

ELENA.— ¿Pero qué haces?

DANIEL.— ¡Qué!

ELENA.— Es la caja de la María.

La arroja tras unas cajas que hay apiladas sobre la encimera.

DANIEL.— Pues haberle puesto una etiqueta verde de *drogas varias*.

ELENA.— Vaya imagen. ¡Esto en Alemania igual es delito!

DANIEL.— Delito debería ser no fumarse uno antes de dormir.

Pausa.

ELENA.— *(Suspira)* Ay, Dani..., nunca pensé que esto fuera a ser tan... *Santa* es tan especial para mí.../

Daniel la abraza. Le da un beso paternal en el pelo.

DANIEL.— Y tú para él, cariño. Has hecho una gran labor.

ELENA.— Hemos, hemos hecho. (*Localiza algo con la mirada*) ¡Por fin!
La tetera.

Revuelven de nuevo dentro de las cajas.

DANIEL.— No, no te quites méritos. Has conseguido lo que querías:
colaborar con la asociación, cuidarle hasta que le encontraran
casa./

ELENA.— Sí, supongo...

DANIEL.— No entiendo a qué viene este nerviosismo.

Pausa. Elena deja lo que está haciendo y se seca el sudor.

ELENA.— ¿Y si aún no está preparado?

DANIEL.— Toma, las tazas. ¿Quéquieres decir?

ELENA.— Y si todos los progresos, todo lo que hemos/ conseguido...

DANIEL.— Y esto es... la bandeja (*Pausa*) Ah..., no. No, Elena, que te
veo venir. No estarás pensando..., no, no habrás pensado ni por
un momento.../

ELENA.— ¿Y por qué no?

DANIEL.— ¿Que por qué no? ¿Porque acabo de quedarme en paro?
¿Porque nos mudamos a un piso de 40 metros y el perro tumbado
ocupa por lo menos 2?

ELENA.— Pero todo eso puede cambiar./

DANIEL.— No, no, no... No me lías..., no *te* lías...

ELENA.— Solo quiero lo mejor para él. ¿Tú no?



VANESSA MONTFORT (Barcelona, 1975)

© Pilar Écija

Dramaturga y novelista, es licenciada en Ciencias de la Información y reside en Madrid desde la infancia.

Comenzó su carrera literaria durante los años universitarios estrenando *Quijotes Show* (1999), *Paisaje transportado* (2003) y *Estábamos destinadas a ser ángeles* (2006). En 2006 se alzó con el XI Premio Ateneo Joven de Sevilla con su primera novela: *El ingrediente secreto* (Algaida, 2006). Unos meses después, recibió la invitación del Royal Court Theatre de Londres (*Internacional Residency for Emerging Playwrights*, 2007) y repitió en 2008 (*Spanish Voices*). Su paso por el Royal Court le permitió trabajar con directores británicos como Lindsey Turner y Fiona Laird, realizar talleres con Harold Pinter, Tom Stoppard, Martin Crimp y David Hare, y dejar traducidos al inglés *Flashback* (Royal Court Theatre, 2007), *La mejor posibilidad de ser Alex Quantz* (Southwark Playhouse Londres, 2008/ Fringe Madrid 2012) y *La cortesía de los ciegos*, cuya versión radiofónica reestrenó RNE en 2012 con apoyo de la SGAE y el INAEM. En el proyecto, a cargo de Nicolas Jackson, participó junto con los dramaturgos Alfredo Sanzol, José Sanchis Sinisterra y Juan Mayorga. También en 2012, realizó, con Marina Bollaín, la primera versión teatral de *La Regenta*, una producción de Los Teatros del Canal de Madrid. A finales de ese año, dirigió *Tres desechos en forma de ópera*, del compositor Jorge Fernández Guerra, en el Teatro Guindalera de Madrid. En 2013, ha escrito y dirigido el monólogo musical *Sirena negra* y ha recibido dos encargos internacionales: *Chalk Land (Tierra de tiza*, para el Royal Court Theatre de Londres) y *Balboa* (Teatro Nacional de Panamá), por parte del V Centenario del Descubrimiento del Mar del Sur. En 2014, publicará con Plaza y Janés su tercera novela. Su obra —teatral y narrativa— ha sido recogida en numerosas antologías: *Watchwomen: Narradoras del siglo 21* (Universidad de Zaragoza, 2010), *Revista Don Galán* (Centro Nacional de Documentación Teatral, 2012) y *Acotaciones: Teatro breve de escritoras jóvenes* (RESAD, 2012), entre otras.

Algunos reconocimientos a su trabajo son: La Orden de los Descubridores (St. John's University de Nueva York) y el Premio Nacional Cultura Viva 2009 al autor revelación del año.

PACO ROMEU

Los panes

I Laboratorio de Escritura Teatral

fundación sgae

Los panes

PERSONAJES

Gabriel, niño

Chus y Cosme, curas

Magda

Clara

El Flequi

Mari

Bashira

La Mui

Un Fantoche

Hassan

El Oficial

Treinta y Tres

Ramiro

La acción transcurre durante una mañana de domingo en la iglesia de una parroquia obrera de Madrid.

ACTO ÚNICO

Sobre el escenario desnudo, sin cortinas ni bambalinas, vemos una mesa cubierta con un lienzo blanco y cuatro sillas dispuestas tras ella. Sobre la mesa encontramos una gran copa de cristal llena de vino tinto, una bandeja vacía y una gran Biblia roja cerrada. De la pared del fondo cuelga un rudimentario crucifijo de madera de uno de cuyos brazos pende un rótulo con el lema “No a la guerra”. También hay una vieja guitarra española apoyada en cualquier parte. En una de las sillas, de un extremo de la mesa, está sentado Gabriel, un niño vivaracho, sucio y despeinado que balancea inquieto y expectante sus piernecillas en el aire. Colgada en algún lado encontramos una pancarta con la inscripción “De aquí no se va ni Cristo”. La luz de la sala está encendida y así permanecerá durante toda la función.

El público que va llegando se encuentra fuera, a las puertas, con un grupo formado por Magda, Clara, Flequi, Mari, Bashira y La Mui. Destaca entre todos ellos esta última, una mujer grande y de tosca elegancia que apura un botellín de cerveza cargada con un inmenso timbal. Los cinco protestan a base de palmas, pitos, golpes, cánticos y proclamas por el estilo de la que reza en la pancarta del interior.

Según van entrando al patio de butacas, los espectadores son recibidos afectuosamente por Chus y Cosme, los dos sacerdotes de la parroquia. Chus ronda los cuarenta; Cosme, los setenta. Ambos, vestidos con sencilla ropa de calle, estrechan la mano a los asistentes y les agradecen que hayan venido, al tiempo que los invitan a aposentarse. Entre la audiencia van entrando poco a poco los que protestaban fuera (excepto La Mui, que lo hará cuando se indique), y sa-

ludan a Chus y a Cosme con especial profusión de besos y abrazos. En la medida de lo posible, deberán conseguir que el público advierta su sorpresa por la excesiva presencia policial en las inmediaciones de la parroquia durante toda la mañana. Chus se entretiene especialmente hablando con Magda, una mujer casi joven y casi guapa que evidencia un avanzadísimo estado de preñez. Trae con ella una bolsa con cuatro hogazas de pan rústico, sobre cuya dureza parecen bromear con cierta complicidad. Una vez han hablado, Magda sube al escenario, deja la bolsa del pan sobre la mesa, saluda a Gabriel y se vuelve a bajar.

Cuando todo el mundo está ya en su sitio, Chus y Cosme suben a escena y se quedan de pie en el proscenio. También sube Clara, una mujer de cincuenta y tantos años elegantemente descuidada que lleva un ordenador portátil bajo el brazo. Le da un beso al pequeño Gabriel (quien no ha tardado en afanarse, no con poco esfuerzo, algún pellizco de una de las hogazas), se sienta al otro extremo de la mesa y abre el portátil. Se hace un respetuoso silencio y Chus se dispone a hablar. Justo en ese instante suena una retahíla de golpes de bombo tras la puerta de la sala. Chus, paciente, calla y espera. Unos segundos después hace un segundo intento, pero nada más abrir la boca vuelve a sonar el bombo, esta vez aún más fuerte. Chus se disculpa ante la audiencia con un gesto de resignación y se dirige a alguien entre el público.

CHUS.— (Muy fuerte, a Flequi) ¡Anda, Flequi, sal y dile algo!

Flequi, diligente, se levanta de su asiento y corre hacia la puerta. Es un chaval ya granadito, de esos que siempre hay alguno en cada barrio: alto, delgado, servicial, pasado de rosca y de vuelta de todo, con su sempiterna camiseta de los Ramones y vaqueros. Sale por la puerta y casi de inmediato se hace el silencio. Pocos segundos después, Flequi vuelve a entrar, derechito a su sitio. Tras él entra La Mui, deja el timbal y un botellín vacío de cerveza junto a la puerta, y se queda de pie por el fondo del patio de butacas.

CHUS.— Muchas gracias, Flequi. (A la audiencia) Bueno, pues aquí estamos de nuevo, un domingo más... (La sirena fugaz de un coche

de policía que pasa cerca de allí a toda velocidad le obliga a detenerse por un instante). A pesar de los pesares. Hoy, además, por suerte o por desgracia, es un domingo muy especial. Imagino que ya todos sabéis cómo está el patio. Y supongo que por eso mismo tenemos entre nosotros tantas caras nuevas. Y eso siempre es una buena noticia. Os damos la bienvenida y os agradecemos vuestro apoyo de todo corazón. De verdad, muchísimas... (Chus tuerce el gesto ante la proximidad de una nueva sirena) gracias. (Continúa en un tono mucho más familiar) Y también veo, cómo no, a los de siempre, a los de cada domingo: Flequi...

FLEQUI.— (Alzando el puño cerrado con el pulgar apuntando al cielo).
Y hoy más que nunca.

CHUS.— Mari, corazón...

MARI.— (Una mujer humilde, de unos sesenta años) Aquí seguimos, Chus, al pie del cañón.

CHUS.— Como siempre. ¿Cuándo has faltado tú a esta misa?

MARI.— El domingo pasado, sin ir más lejos, que estuve en Parla en el bautizo de mi sobrina nieta.

CHUS.— ¡Mujer, pero eso es una cuestión de fuerza mayor! En todos los años que llevo aquí, no habrás hecho más de tres pellas. ¿No es verdad, Cosme?

COSME.— ¿Quién, la Mari? Ni antes de estar tú tampoco. ¡Yo creo que ha venido más que yo!

MARI.— ¡Anda, ya será menos!

CHUS.— Que sí, Mari; que tú eres toda una institución aquí, en la parroquia. Y Bashira va por el mismo camino, ¿verdad? (Bashira, una joven magrebí vestida con pantalones vaqueros, camiseta larga y un pañuelo anudado a la cabeza, le devuelve tímidamente el saludo) Ya sé

qué significa tu nombre en árabe, Bashira. Lo he buscado esta mañana en Internet. “La que trae buenas noticias”. Qué bonito, ¿verdad? (Bashira sonríe, turbada. Ahora Chus se dirige a Magda, sentada junto a ella) Magda, cielo, ¿cómo estás...? (Magda mira a Chus con ojillos de cordero degollado) Ah, y muchas gracias por los panes. (A la audiencia, mostrando los panes que hay sobre la mesa) Es que Magda ha hecho los panes con los que vamos a celebrar hoy. Los ha amasado en su casa, con sus propias manos. Y eso, en su estado, tiene su mérito.

MAGDA.— (Con gesto entre tímido y pícaro) No seas modesto, Chus, que también ha sido cosa tuya.

CHUS.— (Tras devolverle una luminosa sonrisa) La verdad es que nos han quedado más duros que una piedra, pero bueno... ¡Qué se le va a hacer! (Buscando por el fondo de la sala) ¿Y dónde se ha metido La Mui, que no la veo?

LA MUI.— (Paseando su inquietud por el fondo del patio de butacas con un Ducados apagado entre los dientes) Estoy aquí, Chus.

CHUS.— Y tú, Mui, ¿cómo vas?

LA MUI.— ¿Que cómo voy? ¡Cómo vengo! Ya me ves. ¡Más caliente que el palo de un churrero!

CHUS.— Pues a ver si nos vamos tranquilizando, que los nervios no llevan a ninguna... (Chus es interrumpido de nuevo por la sirena de un coche patrulla. Continúa, más fuerte, a la audiencia) Bueno, eso, lo que ya sabemos todos: que el señor arzobispo ha tenido la ocurrencia de chaparnos la iglesia. (Abucheo general) Y digo yo que, igual que hacemos siempre, deberíamos decidir entre todos qué es lo que vamos a... (Una nueva sirena hace callar a Chus. Pregunta a la sala) ¡Alguien sabe qué leches le pasa hoy a la policía?

MARI.— A mí me da que van detrás de alguien.

LA MUI.— ¡Anda, la otra! No van a ir buscando setas.

CLARA.— (Consultando algo en la pantalla del ordenador) Parece que van buscando a un sospechoso por algo que ha pasado en el metro.

MAGDA.— ¡Ay, por Dios! Otra vez, no.

FLEQUI.— Pues a ver si, ya puestos, trincan también al que lleva toda la semana entrando aquí, que desde el lunes el pan y el vino parece que vuelen.

COSME.— ¡Anda ya, Flequi! Eso serán los ratones.

FLEQUI.— Sí, los que yo te diga.

CHUS.— Bueno, que busquen a quien tengan que buscar pero que nos dejen dar la misa en paz, que a lo mejor es la última que damos. (Se extiende por la sala un murmullo de desaprobación) ¡Si es que la damos, porque a este paso...! (A Gabriel, cariñoso) ¿Tú qué dices, Gabriel? (El chaval se encoge de hombros, avergonzado, tratando de disimular que rumia un cacho de pan) Claro, tú qué vas a decir... (A la audiencia) Es que Gabriel no es muy hablador. Vive con sus padres aquí cerca, en el poblado. Ellos dicen que jamás le han oído ni media palabra. Le hemos llevado al médico y la verdad es que no le encuentran ningún problema fisiológico. Vamos, que no es mudo ni sordo ni nada por el estilo. (Revolviéndole la cabellera). A saber qué es lo que calla... Eso sí, no dirá ni mu, pero es más listo que el hambre. ¡Y se busca la vida que no veas! (De nuevo a Gabriel) ¡Oye, a ver si va a ser a ti a quien busca la policía! (Gabriel, divertido, niega con la cabeza) ¿Seguro? (El chico señala a Chus, burlón, clavándole exageradamente el dedo en el pecho) ¡Ah, que me buscan a mí! (Gabriel asiente, divertido) No te creas tú, que a lo mejor... (A Cosme) ¿Y a ti qué te parece todo esto, Cosme?

COSME.— ¿Qué me parece qué? ¿Lo de la policía?

CHUS.— No, hombre, no. Lo del arzobispo.

COSME.— Ah, bueno... (Tras pensárselo un momento) Yo ya soy perro viejo, Chus, y no es la primera parroquia que me cierran por un

quítame allá estas pajas. Si quieres que te diga la verdad, lo que pienso es que no hay que rajarse. Esa gente no está acostumbrada a que se le reboten y se achanta a poco que le tosas. De todos modos, a mí no me hagáis mucho caso.

CLARA.— ¡Anda! ¿Y eso?

COSME.— Porque no, Clara. Porque yo siempre he sido un exaltado, y, para cuatro misas que me quedan, no vais a pringarla por culpa de mis quiijotadas.

MARI.— ¡Ya podías haber avisado antes!

LA MUI.— Va para treinta años que te venimos haciendo más caso que al Papa de Roma.

CLARA.— (Que desde que se ha sentado no ha dejado de consultar su portátil ni de teclear algo en él de vez en cuando) Sí, pero cuidado, que algo de razón lleva Cosme. Hemos de andar con pies de plomo si no queremos que nos busquen las vueltas. No olvidéis que, al fin y al cabo, esta misa está prohibida.

FLEQUI.— (Señalando a Gabriel) ¡A ver si va a tener razón el chavalito y por eso hay tanto madero!

CLARA.— Lo que digo es que ellos no van a quedarse cruzados de brazos. Más pronto que tarde acabarán moviendo ficha.

MARI.— Pero él no vendrá, no.

CHUS.— ¿Quién? ¿El arzobispo?

MARI.— ¡Digo!

LA MUI.— ¡Monseñor de los cojones!

CLARA.— No será que no le hemos invitado.

MARI.— No veas la perra que se ha cogido con nosotros.

LA MUI.— Y a ese panoli..., ¿qué coño le pasa?

MARI.— Pues que es un mal *follao*. Si no, ¡de qué!

LA MUI.— Eso está claro, mujer. Lo que yo me pregunto es por qué se ha empeñado en cerrarnos el chiringo.

MARI.— Porque somos una mosca cojonera, Mui. ¡Que ya hace tiempo que nos tienen fichados!

CLARA.— A ver, oficialmente, ellos dicen que es por lo del pan.

LA MUI.— ¿El pan?

MARI.— (*Mostrando los panes que hay sobre la mesa*) Sí, Mui; el que hacemos para comulgar, que dicen que está prohibido.

LA MUI.— ¡Anda ya! ¿Cómo va a ser por eso?

MARI.— Eso digo yo, que algo más tiene que haber.

CLARA.— Mujer, y tanto que hay más.

CHUS.— Que si damos la misa en vaqueros...

CLARA.— (*Señalando a Bashira*) Que si dejamos entrar a los infieles...

FLEQUI.— Y que si los pobres tenemos derecho a una misa como Dios manda.

COSME.— ¿Pero sabéis qué es lo que más les jode? (*Tras un silencio expectante*) Que os demos la palabra.

LA MUI.— ¿La palabra? ¿Qué palabra?

FLEQUI.— Que nos dejen hablar, Mui.

LA MUI.— ¿Y eso qué más les dará?

MARI.— Pues que esa gente nos quiere calladitos, que estamos más guapos.

CLARA.— Y eso de que aquí se pueda decir lo que una piensa, como que no les acaba de encajar.

LA MUI.— También es verdad.

FLEQUI.— Vaya que sí.

Cosme va a decir algo, al hilo de esta última conversación, pero se queda pensando, con la boca abierta, mientras los demás, expectantes, guardan silencio.

COSME.— (Saliendo del trance) ¿Nunca os habéis fijado en esa frase que viene en todos los extintores? Ya sabéis, aquello de que hay que apuntar a la base de las llamas.

LA MUI.— (Que en su deambular se habrá acercado a alguno de los extintores de la sala) ¡Hostias, es verdad! (Leyendo en el extintor) “Retirar la anilla, oprimir la palanca y dirigir el chorro de espuma a la base de las llamas”.

COSME.— Gracias, Mui. Pues resulta que nosotros, que nos creemos el culo del mundo, somos la base de las llamas.

FLEQUI.— (Orgulloso) Ya ves. Quién me iba a decir a mí que yo iba a ser la base de nada.

COSME.— Y a mucha honra, Flequi. Aquí es donde empieza el incendio. Y ahí nos están dando con el chorro de espuma, a ver si nos apagan.

Los parroquianos se miran unos a otros con gestos que fluctúan, a partes iguales, entre la ilusión y el miedo.

MAGDA.— (Más asustada que otra cosa) Entonces..., ¿qué va a pasar ahora?

CLARA.— (Señalando a Chus y a Cosme) Pues que les abrirán expediente y les advertirán formalmente. Y si persisten en su actitud...

CHUS.— (Mirando a Cosme, que asiente) Y a mí me da que vamos a persistir...

CLARA.— ... podrían llegar a echarlos.

MAGDA.— (Muy preocupada) ¿Echarlos? ¿Cómo que echarlos?

CLARA.— Lo que oyes, Magda.

FLEQUI.— Darles puerta.

MARI.— Oye, Chus, ¿los curas tenéis paro?

CHUS.— (Divertido) Ahora que lo dices..., no tengo ni idea.

COSME.— Tranquila, mujer, que no será para tanto. Ya nos buscarían un sitio donde no jodamos tanto la marrana.

MAGDA.— (Angustiada) ¡Pero no os pueden hacer eso! ¿Cómo vais a irnos a ninguna parte si os habéis dejado aquí la piel? Vosotros ya sois del barrio. ¡Qué leches! Vosotros sois el barrio. Y nosotros... (A Chus, al borde del llanto, apretando los puños entre el pecho y el vientre) Nosotros os llevamos muy muy dentro.

Estas últimas palabras de Magda provocan un comprometedor silencio que rompe Mari con un intencionado y oportuno carraspeo.

CHUS.— (Cambiando de tema) La que me tiene un poco preocupado es Bashira. (Dirigiéndose a ella) Desde que ha empezado todo este lío, te noto muy callada.

BASHIRA.— (*Tímida, con marcado acento magrebí*) Porque tengo mucho miedo, Chus.

MARI.— ¡Mujer! ¿Cómo que tienes miedo?

BASHIRA.— Como estáis diciendo que va a venir la policía a cerrar la iglesia...

MAGDA.— (*Abrazándola*) Ay, pobrecita. ¡Si eso ha sido una coña del Flequi!

CLARA.— Aquí, de venir alguien...

CHUS.— Que no lo creo...

CLARA.— Vendrían los de la curia.

BASHIRA.— (*Asustada*) ¿La curia? ¿Qué es curia?

FLEQUI.— El arzobispo y sus colegas.

MARI.— Una tropa de pringados disfrazados de Batman que van poniendo la mano para que les besen los anillos.

CLARA.— Y a esos les da igual que tengas papeles o no, Bashira. Si es por eso, ya puedes estar tranquila.

BASHIRA.— No, si no es por eso. Bueno, también. Pero yo tengo miedo de que cierren la iglesia. Yo quiero mucho este sitio.

MARI.— ¡Qué van a cerrar, mujer!

LA MUI.— ¡Van listos!

FLEQUI.— Tendrían que pasar por encima de unos cuantos cadáveres.

MAGDA.— (*Dándole un cariñoso beso a Bashira*) Tú, tranquila, mujer, que no va a pasar nada.



PACO ROMEU (Valencia, 1967)

Es, según sus propias palabras, “funcionario de profesión y dramaturgo de vocación”, aunque ha cultivado otros géneros, como la narrativa corta o el guión para televisión. Desde el año 2000, muchas de sus obras las ha representado la Escuela Municipal de Teatro de Picassent (Valencia).

Ha publicado varios títulos en valenciano, como *Iceberg* (Premi Ciutat d’Alzira 2011) y *L'extraordinària història del fantasma de Quim Quinqué* (Premi de Teatre Infantil Xaro Vidal 2012). Su primera obra editada en castellano es *Vocabulario* (Premio Iberoamericano de Teatro Tirso de Molina 2012).

En la actualidad, se encuentra desarrollando diversos proyectos, tanto en el ámbito de la dramaturgia como en el del guión cinematográfico.